

La integración latinoamericana, reconocer sus avances y sus límites: ¿Es posible un nuevo giro a la izquierda? Los principales desafíos de los progresismos de nuestro continente

*Bettiana Díaz Rey, Senadora de la República
Frente Amplio - Movimiento de Participación Popular*

En América Latina la irrupción del ciclo progresista significó un proceso continuo de ampliación y radicalización de nuestras Democracias. Hablamos de Democracias en plural porque cada proceso de gobierno progresista tuvo sus propias particularidades. Aspectos comunes fueron las luchas por la reducción de la desigualdad y las victorias culturales en torno a la construcción de nuevas agendas y a habilitar desde los mecanismos institucionales el diálogo sobre los cambios necesarios para una sociedad justa, igualitaria y solidaria. Sin duda que el acceso al ejercicio efectivo de muchos derechos y específicamente muchos derechos fundamentales que antes de la llegada de los progresismos no estaban garantizados, generó niveles de bienestar que nuestros pueblos reconocieron. Logramos incluir nuevos sujetos políticos en la defensa y goce de los derechos, los medios para financiarlos y hacerlos efectivos a través de las políticas públicas. Logramos que nuestros compatriotas resignificaran el rol de los Estados nacionales poniéndolos, por primera vez en muchos de estos casos, al servicio de las grandes mayorías y del desarrollo nacional. Sin duda que la coyuntura económica tuvo un rol muy protagónico en la sustentabilidad de estos gobiernos que ampliaron sus matrices de protección social a fuerza de mejorar sus ingresos de implementar políticas redistributivas, incluyeron a millones de personas en el mercado y en el consumo de bienes y lograron financiar políticas y programas sociales. Muchos de los liderazgos políticos se construyeron, consolidaron y traccionaron sus victorias electorales sobre la narrativa de la denuncia histórica de las izquierdas sobre cómo las élites continentales se servían y sacaban provecho de forma corrupta de las cuentas públicas.

Con el fin de un ciclo económico favorable a las economías primarizadas es que comenzó a vislumbrarse el final del ciclo progresista. Negar esta realidad es no lograr reconocer dónde y cómo se fueron agotando los modelos en los que necesitamos más recursos para sostener el bienestar que entendíamos como la base de lo mínimo que debíamos asegurarle a las personas. Esto estuvo precedido y acompañado de situaciones en las que poco se diferenciaban las cada vez más debilitadas estructuras partidarias de los gobiernos. El rol de las fuerzas políticas que es sostener las agendas y el rumbo de sus gobiernos,

organizando la demanda pero también su defensa, se fue diluyendo en los quehaceres de gobernar. El freno a los procesos de crecimiento económico impactó fuertemente en las capacidades de redistribución y por tanto en la precarización de la vida de nuestra gente, los esperadores de siempre. Crecieron los déficit, los números rojos en los indicadores sociales y la sensación de que nuevamente, los gobiernos no lograban sintetizar una propuesta superadora, esperanzadora y con perspectiva de mediano y largo plazo en términos de transformaciones profundas. Mientras todo esto sucedía, las derechas del mundo comenzaban a apropiarse de la palabra “libertad”, a la que llenaron de contenidos odiantes, individualistas y la pusieron antagonizar con la idea de lo colectivo, lo social y lo organizado (mucho de lo que promovimos en el intento de crear e incluir nuevos sujetos políticos). El discurso que moldeaba el sentido común se basa en que la amenaza eran a partir de ahora todos estos sujetos colectivos que en tiempos de escasez querían repartir lo que conservábamos. Contra eso, el poderío económico y mediático de quienes nos disputaron la gestión de lo público y la ausencia de una agenda clara en términos de perspectiva económica, era de gran ingenuidad que nuestras estructuras organizativas pudieran mantener niveles de adhesión que permitieran no abandonar los diferentes espacios de gobierno.

¿Qué pasó con la integración latinoamericana?

Más allá de las derrotas electorales en sí, estos resultados obligaron a una suerte de auditoría sobre nuestro desempeño como organizaciones políticas. Se desencadenó la autocrítica y pudimos identificar claramente algunos de los problemas que enfrentamos. El fin del ciclo progresista nos heredó nuevos contextos y situaciones que afrontar por izquierda. Parece que nos quedamos sin recambios en términos de la agenda, las prioridades y en la conducción del espacio político. Esto último a pesar de ver claramente cuáles son los límites de una conducción política del estado y del gobierno altamente personalizada. Esto hizo descansar la legitimidad y capacidad transformadora de nuestros proyectos colectivos en liderazgos individuales que también fueron incapaces de traducir eso en otro o en otros. Así como los progresismos carecieron de capacidad para resumir procesos colectivos en sus plataformas.

El mayor desafío para la sustentabilidad de los progresismos es entender que si bien es una condición necesaria llegar al gobierno para cambiar la vida de la gente, no es condición suficiente a la hora de encarar cambios con cierta radicalidad. No alcanza con llegar a gestionar el Estado para atenuar los duros efectos de este capitalismo que agoniza para erradicar las lógicas de nuestras historias de fenómenos de concentración y desigualdad, extractivismo y precarización, colonización, evangelización y exclusión. Cambiar todo lo que necesita ser cambiado se logra con sucesivos mandatos de gobierno que puedan escalar

los logros de esas transformaciones hacia una nueva sociedad. Necesitamos integración latinoamericana, una identidad propia, necesitamos trabajar sin recelos en la construcción de un sujeto histórico que represente nuestra concepción de patria y de naciones. Mujica, durante su largo recorrido en la lucha por la integración de nuestros pueblos, llegó a plantear que América Latina merecía auto nombrarse, que no podíamos seguir llevando el nombre que nos dieron los colonizadores y propuso que nos llamemos Amazonía. Ese tipo de discusiones puede parecer que van únicamente en el sentido de consolidar una nueva utopía de integración regional que logre trascender aquella que empujó el primer giro a la izquierda en nuestro continente. Pero en términos prácticos depende de la voluntad política de los líderes de los diferentes países de América poder plasmar el discurso de la integración con cierto pragmatismo en marcos normativos comunes, en libre circulación de personas y de bienes, en compras públicas en bloque, en complementación de nuestros sistemas de salud, educación, vivienda, seguridad e infraestructura. Poder avanzar en la construcción de una identidad de la izquierda y el progresismo latinoamericanos tiene que, necesariamente, traducirse en construir mejores condiciones para que la gente tenga una vida digna.

En este contexto se hacen ineludibles algunas preguntas como: ¿Hay un segundo ciclo o giro a la izquierda en América Latina? ¿Qué desafíos tiene la integración latinoamericana? ¿Es hoy posible llegar a esos niveles de acuerdo a los que llegaron en su momento Lula, Chavez, Kirchner, Mujica, Bachelet, Lugo? ¿Es realmente posible trabajar en una agenda con orientación ideológica común para pensarnos en términos regionales/continentales? Si seguimos soñando con la Patria Grande este es uno de los principales desafíos. Que nuestras victorias electorales no se agoten sólo en eso sino en poder disputar nuevamente la idea de que en América Latina hay un modelo de convivencia, intercambio e integración que es post neoliberal, que llegó para ser posible y que los seguimos elaborando de forma permanente con miras de largo plazo. Está claro que el de los acuerdos sobre muchos temas de la agenda es un gran obstáculo en gobiernos que son progresismos de baja intensidad en su vuelta al poder y en contextos muy adversos para las minorías y particularmente aquellos más excluidos y olvidados, las mujeres, los pueblos originarios, las poblaciones más vulneradas como las afro, las migrantes, LGTBIQ+.

Las transiciones necesarias para un segundo tiempo de oleadas progresistas.

Este inicio del segundo tiempo de victorias electorales de los progresismos tiene que ser una era de transición hacia la consolidación de una América Latina progresista, justa y unida. Tenemos que ser un continente de paz y tenemos la obligación histórica de ser un continente que defienda la vida y para eso es necesario defender nuestra soberanía y

nuestros recursos naturales. Si ellos son el saqueo y la muerte, nosotros somos la resistencia y la lucha por la vida, por la dignidad. Esta transición no puede ser sólo político partidaria y político electoral sino que tiene que acompañarse de una dimensión de transición socio ambiental justa, en la cual discutir como nuestros modelos productivos no pueden ser los que tienen como límite mínimo que el mundo se prenda fuego, que perdamos nuestra biodiversidad a cualquier costo, que hipotecamos el futuro. Esta idea del futuro apocalíptico es propio de las derechas de esta época, mencionado por muchos autores como Naomi Klein que habla del 'End of times Fascism' y básicamente sustenta la voracidad y la urgencia del consumo y del extractivismo negando el impacto de estas prácticas en nuestras sociedades y entornos ambientales y obviamente negando el cambio climático. Estamos frente a líderes políticos que nos vuelven a discutir que la Tierra es plana, por eso ofrecerle algo mejor al mundo es una urgencia para las izquierdas. Cómo no vamos a estar discutiendo el impuesto mínimo global, o los impuestos a Temu y Shein o los tratados con otras economías más desarrolladas que luego nos agarran ya no solo de patio trasero sino que también de basurero y ahí tenemos los desiertos de ropa, de fast fashion. La idea de que tenemos la obligación de consumir como si el mundo fuese a terminar, efectivamente nos está terminando. ¿A qué costo lo hacemos? Y ¿cómo afrontamos los impactos?

Desde el Sur

Venimos desde el Sur a contarles que no hay persona en la historia del Uruguay que haya logrado sintetizar la mejor historia de ese sueño de la patria grande y del frente grande como nuestro querido Pepe Mujica. Que con un puñado de compañeros y compañeras ya veteranos hoy, resistieron y nos legaron los sueños de luces largas de Raúl Bebe Sendic y de toda una generación de revolucionarios que encendió nuestra América con sus luchas. Nos enseñaron que no sólo hablamos de la integración en lindos salones de conferencias, hablamos en los barrios, en los actos partidarios y que vale la pena dejar la vida para que todo esto pase. Por eso compañeros y compañeras, desde nuestro lugar, trabajar por un proyecto progresista que se consolide e integre en nuestro rico continente es probablemente uno de los mejores homenajes que le podemos hacer a nuestros grandes luchadores de la izquierda.